

Crónica de gentes

PROLOGO PARA ORTEGUIANOS

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

GRACIAS a mis padres mi juventud son veinte años en tierra de Castilla (si es que Madrid es Castilla, que eso habría que preguntarlo al profesor Tierno), y también -gracias a Dios y sobre todo a don Paulino Garagorri- fue muy orteguiana. Algún día habrá que historiar la influencia de Ortega en los universitarios españoles de hace veinte o veinticinco años. Ese día es un día utópico y ucrónico, cercano acaso al día del juicio final, en que haremos todas esas cosas que ya sabemos desde hace años que no haremos jamás; porque «dos veces no se nace, amigo» como dijo nuestro amigo Luis Cernuda.

El caso es que el jueves 19 de noviembre de 1981, Ortega volvió a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid de donde había salido cuarenta y cinco años antes. Y mucha gente volvió con él.

Por ejemplo, su hija Soledad Ortega que terminó allí Filosofía en junio de 1936, junto a Julián Marías y Paulino Garagorri. Julián Marías y Paulino Garagorri son hoy dos de los patronos de la *Fundación José Ortega y Gasset*. Hay más patronos, claro está. Pero se me antoja que ellos dos son más patronos que otros, algo así como los santos Justo y Pastor de la Fundación.

Todos iban (menos Marías, a quien no vi) a la presentación de un número extraordinario de la *Revista de Occidente* sobre la Segunda República. Y todos tenían ese aire inequívocamente elegante e intelectual que hace quince o veinte años sólo podíamos ver en las conferencias de Zubiri. No a todos. Entonces no podíamos ver a Rosa Chacel, a quien no sé si por la homonimia o tocayez, o por las novelas, me la imagino en su no tan lejana juventud como a Rosa Montero hoy. Tampoco al senatorial y elegante don Justino Azcárate, con su

no menos elegante (aunque nada senatorial) hija. Don Justino es un caballero institucionista que usa sombrero. Pero no un sombrero cualquiera: apuesto doble contra sencillo a que lo compró en Nueva York y es un «Knox».

Estamos sentados en el Salón de Grados, ya lleno diez minutos antes de empezar. Llega -jovial e inevitable- Antonio Bonet Correa, que besa a las señoras. Es la suya una forma de besar geométrica, metódica y cartesiana: fila por fila, señora por señora. Y es así como, llevado de su oscilatoria inercia osculatoria, a punto estuvo de besarme a mí (situado como estaba un servidor en la punta de una fila, en la posición teórica del extremo izquierdo).



Soledad Ortega: «Si algo fue, señores, mi padre en su vida, fue un profesor, una persona con vocación de enseñar.»

El rector Bustelo, que luego presidiría el acto, se asoma por una puerta a la manera de un traspunte. Llega Maruja Mallo y dicen a mi lado:

-Está igual que cuando iba a Pi y Margall, que hizo una exposición allí.

(Creo que Pi y Margall fue uno de los diversos nombres de la Gran Vía, calle que como el ser aristotélico se dijo siempre de muchas maneras.)

Y más diálogos:

-¿Qué haces aquí tan alejada, Cecilia?

-¿Y tú: qué haces allí?

-Llorar de no recibirte mejor.

-Mira: es Isabel García Lorca ¿la conoces?

-En Granada nos vimos.

Las filas delanteras están reservadas a miembros de la Fundación (de la Fundación José Ortega y Gasset, no de la muy famosa fundación presidida por Jesús Polanco). Y la mesa está formada por Vicente Verdú, Antonio Bonet Correa, Soledad Ortega, el rector Bustelo, Eugenio Nasarre, Justino Azcárate y Manuel Carrión.

(No sabía yo quien era este último -alto cargo en el Ministerio de Cultura- y al terminar el acto, en cumplimiento de mis deberes informativos me acerqué a Nasarre para que me lo dijera. Y me dijo: «Es Pascual Carrión». Y yo dije: «Pues entonces yo soy Juan Díaz del Moral.»

Hace Soledad Ortega una bella evocación de los años republicanos y de su padre «Ortega, el profesor» («Si algo fue, señores, mi padre en su vida, fue un profesor, una persona con vocación de enseñar»):

-Aún puedo ver su figura recorriendo a pie el trayecto entre esta facultad y el final de la calle Princesa, donde estaba la cárcel Modelo.

Era un Ortega al filo del medio siglo, convertido ya en el «máximo filósofo español» que diría Julián Marías. Ortega primero de España y quinto de Alemania...

Aquel mismo Ortega que en sus



La mesa presidencial durante el acto de presentación. De izquierda a derecha: Vicente Verdú, Antonio Bonet Correa, Soledad Ortega, Francisco Bustelo, Eugenio Nasarre, Justino de Azcárate y Manuel Carrión.

estudiosas mocedades neokantianas, sentado en la humilde buhardilla de Marburgo, escuchaba tocar el violoncello al admirable Nicolai Hartmann.

Dejaba Hartmann la música y decía al español:

—Usted, querido Ortega, tiene altruismo intelectual.

Camina Soledad del ayer republicano al hoy monárquico: «Vivimos un momento de parecida apertura... Esforcémonos todos en que ninguno de nuestros inveterados cortes históricos venga a romper...»

Y suenan sinceros los aplausos ante una hija que no aparece sólo orteguiana por vía genética.

También evoca don Justino (que la mitad de la vida que vivimos la ganamos en recordar la mitad de la vida que perdimos). Y recuerda las revistas de Ortega: la «Revista de Occidente»; la «España», nacida del enojo y la esperanza. El tiempo republicano...

(Hay por el salón un señor vestido de indiano, con chaqueta color caca y unos zapatos fastuosos, asombrosos,

amarillosos... Y hay dos señores con pajarita, que no son ni José Luis Sampedro ni Angel Viñas. Porque Sampedro deja la corbata de lazo cuando llega octubre, para no volver a ella hasta el verano siguiente; y Viñas estaría a esas horas con el penar de la Ley de Autonomía Universitaria).

Y luego Vicente Verdú hace en público algo que en privado hace con frecuencia: leer a Gil-Albert. Pues Gil-Albert tenía que venir, pero está enfermo. Disfruta por fortuna Gil-Albert de una mala salud de esas que permiten vivir a su portador muchos años... Y habla Bustelo...

He de salir fuera de la sala y veo al pie de un altavoz al diputado socialista Javier Solana. No viene como diputado socialista, sino físico del estado sólido. En ese número extraordinario se ocupa de los protagonistas de la ciencia. Es otra bella evocación; en ocasiones, por condicionamientos de la edad, recogida de otros. Así, por ejemplo, recuerda el profesor

Bru a Miguel Catalán: «... delgado y con un aspecto y atuendo deportivo que contrastaba con la imagen un tanto estereotipada que por aquel entonces se tenía de los científicos. Pese al mucho frío que hacía, Catalán, como era típico en él, iba a cuerpo y sin chaleco. Creo que nadie le vio nunca con abrigo...» En eso, al menos, no se parecía a su actual evocador y discípulo Luis Bru. Cuando hace un cuarto de siglo don Luis Bru Villaseca era catedrático de la Universidad de Sevilla y concejal o así de su excelentísimo ayuntamiento, las antiguas alumnas del Santo Ángel y las Irlandesas que entonces empezaban Ciencias Químicas, comentaban:

—Don Luis lleva dos meses sin repetir ningún traje.

Y así acabamos esta crónica de modas de la gente. O como diría el admirable Nicolai Hartmann crónica de las maneras, de los modos y de los momentos del ser. Y también una crónica de Ortega. Otro día haremos la de Gasset ■